

Exaltan al Dr. Adolfo de Aragón como profesor y como ciudadano

Fué en el acto de su sepelio, que constituyó una
sentida demostración. Bellas palabras de Massip

Las virtudes del doctor Adolfo de Aragón como profesor y como ciudadano fueron exaltadas ayer, a nombre de la Universidad de La Habana y de la Escuela de Filosofía y Letras, junto a su tumba recién abierta, en el acto de su sepelio, que constituyó una sentida manifestación de duelo, en la que formó mucho de lo que más vale y brilla de profesorado universitario, de la magistratura y de nuestra sociedad en general, en la que tanto la figura fenecida como sus hijos disfrutaban de admiración y simpatías.

Con su hijo el doctor Rafael Aragón y del Pozo, miembro de nuestra judicatura, presidieron el cortejo fúnebre, que partió de la escuela de Filosofía y Letras de la bicentaria Universidad habanera, el rector de nuestro máximo centro de cultura, doctor Clemente Inelán, el vicerector, doctor Julián Modesto Ruiz, el decano de la escuela de Filosofía y Letras, doctor Salvador Massip, el decano de Derecho, doctor Francisco Carone, don Cosme de la Torriente, el magistrado Barreras, y los doctores Roberto Agramonte, Entralgo y Du-Bouchet, y formaron en el mismo los doctores Ricardo Gómez Murillo, Eduardo C. Betancourt, Víctor Rodríguez, Cirilo Pérez Díaz Baralt Valderrama, Dihigo, Martínez Giralt, Ménde Peñate, Peral, Levi Marrero, Lamar, Gisbert, Gelabert y otros que harían hartó prolija esta relación.

Después de un responso en la capilla central del Cementerio de Colón, se dió sepultura a sus restos, y una verdadera montaña de flores cubrió la losa funeral.

A nombre de la Universidad de La Habana, de la escuela de Filosofía y Letras y de los familiares del doctor Adolfo Aragón, pronunció una hermosa oración fúnebre el doctor Salvador Massip, decano de la facultad universitaria a que pertenecía la insigne figura desaparecida.

Cumplimos —comenzó diciendo el doctor Salvador Massip— con el triste deber de acompañar hasta su última morada a quien fué nuestro venerable y queridísimo profesor de la Escuela de Filosofía y Letras, doctor Adolfo de Aragón y Muñoz, quien durante más de sesenta años ejerció en ella, con la mayor devoción, las nobles funciones de la enseñanza. Pierde la Facultad de Filosofía y Letras, pierde la Universidad y pierde Cuba un profesor que comprendió a cabalidad los conceptos humanistas que constituyen la esencia de lo que son los estudios humanísticos en esta Universidad y en todas las Universidades del mundo, y que representan la raíz y la razón de ser de nuestra cultura y de nuestra educación.

Fué el doctor Adolfo de Aragón un maestro por vocación. Nació en una familia acomodada, no llegó al campo de la enseñanza en busca de provechos materiales, sino para satisfacer sus ansias de saber y para difundir lo que sabía. De la materia que profesaba, que conocía a la perfección, hizo una disciplina que influyó decisivamente en la formación intelectual de varias generaciones de cubanos que tuvieron la fortuna de recibir sus sabias enseñanzas.

Desde edad temprana se manifestó en el doctor Aragón su vocación por la enseñanza. A los veinte años, en el Instituto de Pinar del Río (que acababa de crearse), inició como catedrático de latín y castellano la fecunda carrera profesoral que debía ser la única de su larga vida. Un año después pasó a la Universidad como profesor auxiliar de lengua y literatura latinas, hasta ascender, varios años después, a profesor titular de las mismas materias. Estudiando constantemente la lengua latina, llegó a dominarla, así como su literatura, convirtiéndose en verdadero y gran latinista. Pero no sólo conoció a la perfección la lengua latina, sino al pueblo que la habló y que la comunicó al resto del mundo para difundir por medio de ella la civilización y la cultura con tal vigor que los pueblos abandonaron su propia lengua para adoptar, transformándola, la lengua latina. El doctor Aragón amaba a Roma y al pueblo romano y citaba con frecuencia, como ejemplos clásicos, los dichos y los hechos de los romanos. En sus clases, maestro nato, sabía impartir el conocimiento de la lengua latina con una sencillez y una elegancia admirables, obviando de tal modo las dificultades de la enseñanza que muchos se admiraban de haber podido aprender una lengua tan difícil sin esfuerzo aparente, aparente milagro que sólo era posible por las extraordinarias dotes de maestro del doctor Aragón.

Dedicado por entero, como el doctor Juan M. Dihigo (otro maestro cuya desaparición todavía lloramos), a la función docente y a la Universidad, el doctor Aragón fué Decano de la antigua Facultad de Letras y Ciencias, y después de nuestra Facultad. Fué asimismo Rector de la Universidad en dos ocasiones, resolviendo difíciles problemas de nuestro primer centro docente en días críticos, que todos recordamos.

Pero el doctor Aragón, que tanto amaba a la Universidad y a los estudiantes clásicos, no se limitó a impartir la enseñanza del latín y de su literatura, sino que también fijó su atención en la educación física de la juventud. Diríase que inspirado en el aforismo latino de **Mens**

991 Imprenta de la Ciudad, Calle de Pinar del Río, No. 100, Ciudad de La Habana.
Tiene la correspondencia y correos Organizados en el Ministerio de Instrucción Pública


PATRIMONIO
DOCUMENTAL

sana in corpore sano, aspiraba a que nuestros estudiantes no sólo cultivasen su espíritu, sino que desarrollaran y visorizaran su cuerpo con los ejercicios físicos. A esa aspiración respondió su entusiasta actuación en la Comisión Atlética universitaria. Deportista consumado, sobre todo del base ball (que practicó en su juventud), estimuló siempre a los estudiantes para se ejercitaran en ejercicios de pista y campo, cuya práctica, como él preconizaba, debía encauzar sus energías, desviándolas de otras inclinaciones.

Este gran maestro, cuya tumba abierta espera su cadáver, fué también un gran ciudadano. En su adolescencia oyó pronunciar muchas veces el nombre de Carlos Manuel de Céspedes, y desde entonces aspiró sin vacilaciones y sin reservas a que Cuba fuera libre e independiente. La tregua que comenzó con la Paz del Zanjón fué para él periodo de formación intelectual; pero también lo fué de formación cívica, y así, cuando Martí fundó el Partido Revolucionario Cubano, fue de los primeros que secundaron su causa y fué activo conspirador. Poseído de la verdad de Martí de que en toda situación y en todos los terrenos se puede servir a la patria, la sirvió activamente conspirando contra la soberanía de España. Desechadas sus actividades y para evitar la prisión, emigró a los Estados Unidos, perdiendo la cátedra a que había consagrado todos sus desvelos. En la emigración, tanto en New York como en Jacksonville, colaboró eficazmente con los emigrados allegando recursos, armas y municiones para los que luchaban por la independencia en los campos de Cuba. (Debo decir que en la emigración, lejos de depender económicamente de su familia, se ganó la vida como profesor de español, cediendo parte de sus ingresos a la Junta Revolucionaria que presidía D. Tomás Estrada Palma).

Consumada la independencia y ya de regreso a Cuba le fué restituida su cátedra de la Universidad y al mismo tiempo que se dedicaba a ella tomaba parte, como quien cumple con un deber más, en la vida pública del país. Fué concejal del Ayuntamiento de La Habana y después, durante varios años, presidente de la Junta de Educación, siendo de notar el hecho de que al ser electo miembro de la Junta, obtuvo más votos que el Alcalde electo en la misma candidatura, lo cual honra al cuerpo electoral de aquella época. Después, el sesgo que fué tomando la política lo alejó de las funciones públicas; pero cuando sobrevino la crisis de 1933 se puso sin vacilar frente a la dictadura de Machado, y sufrió las mismas estrecheces y las mismas angustias que sus compañeros de claustro.

Perdónese una referencia de carácter personal, que por gratitud y por otros motivos no puedo dejar de hacer. Hace treinta años, en 1924, siendo catedrático del Instituto de Matanzas, fui llamado por el doctor Aragón, entonces decano, para ocupar una cátedra de profesor auxiliar de la Escuela a que me honro en pertenecer. Al firmar el acta de toma de posesión me puso la mano en el hombro y después de un momento de silencio me dijo: "Lo primero, la oración"... Sabias palabras, cuyo sentido supe interpretar y que desde entonces han sido mi norma y guía en toda mi vida académica. Para el doctor Aragón la enseñanza era un sacerdocio, y todo sacerdote debe hacer de la oración su función más alta. Para el sacerdote laico, que es el maestro, la oración quiere decir el cumplimiento del deber en todos sus aspectos: la asistencia puntual a clase, el estudio constante de la materia para estar al día, la transmisión adecuada de sus conocimientos, el trato afable con los alumnos y, sobre todo, el ejemplo de una vida honesta... Así como en la oración del ministro de una iglesia el espíritu se eleva, en la oración del sacerdote laico, que es el maestro, la función docente se eleva, se ennoblece y se hace útil a sus conciudadanos.

Hace treinta años, bajo su égida, ingresé en el profesorado universitario. Hoy, al cabo de treinta años, cumplo con el tristísimo deber de acompañarlo a su tumba.

Señor Rector, señores decanos y profesores, estudiantes, señoras y señores —terminó diciendo— hemos acompañado hasta su última morada a quien fué un sabio maestro, un ejemplar ciudadano, un hombre bueno y un amantísimo padre de familia. En nombre de todos los que de algún modo pertenecemos a la Universidad, en nombre de sus inconsolables hijos (a quienes todos amamos como hermanos), en nombre de sus familiares y allegados, expreso a todos nuestro más profundo agradecimiento por haber concurrido a este piadoso acto.

Mora 4/54

